

PAGASTE POR MI Isaías 53: 5-12

Estamos comenzando a prepararnos espiritualmente para celebrar una vez más la Semana Mayor de la Iglesia Cristiana en el mundo. Como ministerio SUBLIME GRACIA, es nuestra primera vez y estamos muy emocionados por ello. Este es un buen tiempo que invita no solamente a la reflexión, sino que nos debe de llevar a establecer o reforzar un compromiso con Aquel que dio su vida para darnos vida a usted y a mí. ¿Qué vamos a hacer con tan grande regalo? Eso es lo que estaremos meditando estas semanas; esa es la respuesta que Dios está esperando.

El Apóstol Pedro dice que los profetas del Antiguo Testamento hablaron de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que venía detrás de ellos (1P. 1:10-12); gloria que se refleja en la Persona de nuestro Señor Jesucristo (Jn. 1:14) y cuyo significado tiene que ver con la salvación. Isaías es el profeta del Antiguo Testamento que mejor describe este sufrimiento y posterior gloria de salvación y el capítulo 53 tal vez sea el que particularmente mejor deja tan claras las cosas. Así es que estaremos meditando en este capítulo por un buen tiempo.

Los primeros cuatro versículos se refieren al constante mensaje de redención (liberación) y salvación para toda persona que crea en este anuncio del enviado de Dios. Esto es algo en lo que Isaías ha estado insistiendo: “*¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salvación, del que dice a Sion: ¡Tu Dios reina!.... Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro*” (Is. 52:7,10). El brazo de Dios es el mismo Señor Jesucristo, el Único que puede traer salvación. Al ser su propio brazo y su renuevo o retoño nos dice que es parte de Él mismo. No es que iba a levantar a un líder, es que iba a venir Él mismo. Hoy sabemos que se refería a su Hijo, la Segunda Persona de la Trinidad de Dios; Dios mismo encarnado (Jn. 1:1,14).

En estos primeros cuatro versículos también se nos dice que este Mesías Salvador, este retoño Hijo de Dios, sería despreciado, desechado, rechazado y maltratado; que experimentaría gran dolor por cargar nuestros dolores y por llevar nuestra enfermedad del pecado.

El resto del capítulo es lo que da el título a este mensaje: “Pagaste por mí”; Él pagó una deuda que no tenía Él, pero que teníamos usted y yo. No es que la pagó como quien paga con dinero una deuda a otra persona; Él la pagó tomando nuestro lugar.

“Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (v.5).

Él pagó una culpa que no tenía, fue castigado no conforme a la ley judía, sino conforme a la romana. La ley judía hablaba de 40 latigazos, pero la ley romana no hablaba de límites, solamente se intentaba que el castigado se mantuviera con vida. Así es que pudieron haber sido más de 40 o menos de 40 azotes, la diferencia estaría en el material de castigo que usaban los romanos que consistía en un mango corto de madera, al que estaban fijos tres correas de cuero de unos 50 centímetros (casi 20 pulgadas), en cuyas puntas tenían dos bolas de plomo alargadas, muy juntitas una de la otra; otras veces eran huesos de carnero. El más usado era el de bolas de plomo.

La diferencia en la ejecución de esta clase de castigo estaba también en la crueldad. Como dije, pudieron haber sido menos de 40 o más de 40; ellos solo sabían que pararían hasta dejarlo irreconocible en su aspecto, desfigurado y lleno de sangre por todas partes, porque las puntas de las cuerdas arrancarían pedazos de carne exponiendo la herida, pero *vivo*.

Tenían que dejarlo vivo por dos razones básicas: (1) para mostrarlo al pueblo completamente acabado para ver si así tenían compasión de Él y lo dejaban ir como quería Poncio Pilato; y (2) tenía que estar vivo en caso de que lo condenaran a muerte, como finalmente sucedió; tenía que llegar vivo a la cruz y morir allí para ejemplo a los demás *malhechores*.

Hablar del castigo que sufrió no es tan simple. Debido a los latigazos, el Señor Jesús perdió grandes cantidades de sangre por lo cual debió haber entrado en estado de shock o conmoción en donde pudo haber experimentado incluso convulsiones. Esto es porque el corazón se acelera mucho para tratar de bombear sangre que ya no existe; además, baja la presión sanguínea lo cual puede provocar un desmayo o un colapso; los riñones dejan de producir orina para mantener el volumen restante; la persona comienza a sentirse débil, mareada y sedienta porque el cuerpo necesita líquidos para reponer el volumen de sangre perdida.

Todo esto lo experimentó el Señor en su Cuerpo. Recordamos que mientras Él recorría el camino hacia el lugar de ejecución en el Calvario, se desplomó y un soldado romano le ordenó a un tal Simón de Cirene que cargará la cruz por Él (*Mateo 27:32*). Este fue un colapso.

Después, en el relato del Apóstol Juan, el Señor Jesús dice “...*Tengo sed*” (*Jn. 19:28*). Esto es, como dije, porque la persona necesita recuperar líquido por el volumen de sangre perdida. Todo esto por una culpa que Él no tuvo; todo esto porque quiso tomar mi lugar y el suyo. Lo hizo por usted y por mí. Murió para dar vida. Sufrió enfermedad para hacernos sanos. Se manchó con el pecado para hacernos limpios; se hizo culpable para hacernos inocentes. La frase “...*por su llaga fuimos nosotros curados*”, es una clara referencia a la Cruz. La palabra *curar* tiene el sentido de *salvar*. Su Sangre nos limpió de todo pecado (*1Jn. 1:7*). Su Sangre nos sanó.

Mire nada más cuánto amor tiene Dios por el pecador con este ejemplo: los delincuentes no eliminan de su historial o de su expediente las causas que los llevaron a prisión; solamente pagan el castigo que merecen. Por eso muchas veces son señalados por la sociedad y batallan para encontrar trabajos dignos por el rechazo que sufren, aunque sean realmente nuevas personas, completamente regeneradas y listas para aportar a la sociedad; hay un pasado que los marca y los persigue. Con Cristo es diferente. Él pagó la deuda suya y mía que teníamos con Dios por causa de nuestro pecado y Dios borró todo ese historial de nuestras vidas, destruyó el expediente que nos marcaba y nos perseguía a todas partes. ¿Cómo lo sabemos? El Apóstol Pablo dice: “*Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz*” (*Col. 2:13-14*). También dice que “*De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas*” (*2Co. 5:17*).

Dios, hablando a través del Profeta Isaías, nos dice que cuando Él perdona, Él se olvida de nuestros pecados por completo (*Is. 43:25*). Y dice, a través del Profeta Miqueas que cuando Él perdona, Él echa nuestros pecados a lo más profundo del mar (*Miq. 7:19*). Ese es el amor de Dios mostrado a través del perdón para todo aquel que ha creído a su anuncio, para todo aquel que ha creído en su enviado, en Jesucristo, su Hijo.

“Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” (v.6).

Dios nos ve como ovejas. Las ovejas no pueden andar por sí solas, se pierden con facilidad y no saben defenderse del lobo o de cualquier otro depredador que quiera dañarlas; las ovejas necesitan todo el tiempo de su pastor. Así nosotros, cuando más perdidos estábamos, caminando sin rumbo y sin esperanza, espiritualmente hablando, Él vino y nos encontró; nos recogió, nos lavó y curó nuestras heridas y nos colocó en su redil para personalmente cuidarnos, protegernos, alimentarnos y guiarnos. Dios le dijo al Profeta Ezequiel que Él mismo vendría a pastorear a sus ovejas (Ez. 34:11-31). El Señor Jesús se refiere a sí mismo como el Buen Pastor que vino a dar su vida por las ovejas (Jn. 10:7-21). Él es el cumplimiento de la palabra profética de Ezequiel y de Isaías.

Por andar descarriados cada quien hizo como quiso y todos vivimos en el pecado. Estábamos en graves dificultades delante de Dios, porque el hombre prefiere su propio camino al camino de Dios; prefiere trazar su propio plan de salvación basado en obras o perteneciendo a una religión. Pero al reunirnos en Él, Dios cargó en su Hijo todos nuestros pecados; cargó sobre Él el castigo que era para nosotros. Es decir, mucho más que ser Él una ofrenda delante de Dios por nuestros pecados, Dios lo hizo a Él mismo pecado para que pudiéramos nosotros estar justificados, es decir, ser declarados como justos, delante de Dios (2Co. 5:21). En otras palabras, el inocente fue castigado como si fuera culpable, para que el culpable fuera tratado como si fuera inocente; a su Hijo lo castigó como pecador, para que el pecador pudiera ser tratado como hijo. No tenía qué hacerlo; nosotros no merecíamos nada bueno de Él, pero lo hizo y lo hizo porque nos ama. Pero todavía hay muchas ovejas descarriadas que caminan por la vida sin rumbo y sin dirección; ovejas que están bajo el poder del lobo feroz sin poder defenderse.

Conclusión.

Cuando recordamos el sufrimiento, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo no se trata de hacerlo de una manera emocional, aunque está permitido que mostremos nuestras emociones. Pero mucho más que un simple asunto emocional, el recordar este tiempo debe llevarnos a valorar el tan grande regalo de salvación que nos ha sido dado por la fe en Cristo Jesús, Señor nuestro. A nosotros no nos costó nada; a Él le costó dolor, llanto, sufrimiento, desesperación, rechazo, desprecio, burlas,

golpes, azotes, humillación y finalmente la muerte. El valorar tan grande regalo debe llevarnos a dar una respuesta a Él; una respuesta de entrega, de compromiso; compromiso que se traduce en darlo todo por Él así como Él dio todo por nosotros. ¿Estaremos dispuestos?

¿Qué vamos a hacer con tan grande regalo de salvación? Hoy es un buen tiempo para establecer si no lo ha hecho, o reforzar si ya lo ha hecho, un compromiso con el Señor Jesucristo. No basta con decir que estamos agradecidos; el agradecimiento se refleja con hechos. Esto es lo que en la Biblia se llama “acción de gracias” (frase que aparece cerca de 30 veces en nuestras Biblias), es decir, la gratitud en acción, la gratitud trabajando.

¿Cómo vamos a agradecer este gran regalo tan inmerecido que recibimos de parte de Dios? ¿Qué estamos dispuestos a hacer por Él? ¿Cuánto seríamos capaces de sacrificar por Él? Lo que Dios nos pide ya está establecido por Él en su Palabra.

“Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad?”
(Dt. 10:12-13).

“¿Con qué me presentaré ante Jehová, y adoraré al Dios Altísimo? ¿Me presentaré ante Él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se agrada Jehová de millares de carneros, o de diez mil arroyos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma? Oh hombre, Él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miq. 6:6-8).

¿Qué respuesta daremos? Amén... Vamos a orar...